

LAS SIETE PRUEBAS

1º- 3º

Sin duda alguna vez te has encontrado con uno de esos seres pobres y simples que son como terneros que han perdido su camino de vuelta al pesebre. Con ojos grandes y boca abierta, miran a su alrededor como si buscaran algo; pero lo que buscan no es nada común en este país como para que lo encuentres tirado en el camino: pues estamos hablando del sentido común.

Peronnik "el simplón" era uno de esos infelices. Siempre seguía la dirección de su nariz sin saber adónde lo llevaba. Si sentía sed bebía de un manantial y si tenía hambre pedía pan a las mujeres en los portales de sus casitas. Cuando tenía sueño, buscaba una trilla y se metía adentro como un lagarto, y cuando había saciado su apetito, Peronnik cantaba con todo su corazón agradeciendo a Dios día y noche por haberle dado tantos dones sin que estuviera obligado a hacerlo.

Peronnik nunca aprendió un oficio, pero era hábil en muchas cosas. Comía justo lo necesario, dormía más que nadie, e imitaba el canto de la alondra con su lengua. Hay mucha gente hoy en día que ciertamente no pueden igualar eso.

En la época de la que hablo hace más de mil y pico de años, la tierra del maíz blanco no era como es ahora. Un día Peronnik llegó a un campo cerca del bosque de Paimpont.

La mujer del campesino estaba arrodillada en la entrada de su choza limpiando la olla con un estropajo; pero cuando oyó la voz del simplón pidiendo comida en nombre del verdadero Dios, se detuvo y le ofreció la olla.

"Tómalo", dijo, "y come lo que queda y de paso reza un Padrenuestro por nuestros lechoncitos que no andan nada bien".

Peronnik se sentó en el suelo, colocó la olla entre sus rodillas y comenzó a rasparla con sus uñas; pero quedaba poco, pues cada cuchara de la choza lo había intentado. Aun así se chupó los dedos emitiendo un ruido de satisfacción como si nunca antes hubiera comido mejor.

"Es de harina de mijo", se dijo a sí mismo, "harina de mijo con leche de una vaca negra, y revuelto por la mejor cocinera de toda Bretaña."

La campesina, que se había alejado, volvió hacia él nuevamente muy halagada.

"Pobre simplón", se dijo, "pero te daré también un poco de pan oscuro."

Le trajo al muchacho una rebanada de pan recién horneado. Peronnik lo mordió como haría un lobo con una pata de cordero, y dijo en voz alta que el pan seguramente habría sido amasado por el panadero personal de su eminencia el Obispo de Vannes.

Orgullosamente, la campesina contestó que sería otra cosa si el pan hubiera estado untado con manteca recién batida, y para demostrarlo trajo un poco de manteca en un pote cubierto.

Peronnik elogió cada mordisco más que el anterior y mientras estaba así reponiendo fuerzas, un caballero en armadura apareció cerca de la choza y dirigiéndose a la mujer, le preguntó si conocía el camino al castillo de Kerglas.

- "Jesús, ¡oh dios, señor caballero! ¿Es allí donde usted quiere ir?" exclamó la mujer del campesino.

- "Sí", replicó el guerrero, "para eso he venido de un país tan lejano que he tenido que cabalgar durante tres meses, día y noche, para llegar hasta aquí."

- "Y ¿qué es lo que busca en Kerglas?" preguntó la campesina.

- "Busco **la vasija dorada y la lanza diamantina**", contestó el caballero. "Pues además de que la vasija provee todo el alimento y riquezas que uno desee, es suficiente beber de ella para curarse de toda enfermedad, y aún resucitan los muertos al tocarles los labios con ella. Pero la lanza diamantina mata y destruye todo cuanto toca."

- "¿Y quién es el dueño de esa lanza?" preguntó Peronnik.

- "**Un hechicero** llamado Rogear que habita en el **castillo de Kerglas**" contestó la campesina; "cada día se lo ve cabalgando sobre una yegua negra, seguido por un potro de trece meses; pero nadie osaría atacarlo, pues en su mano sostiene la cruel lanza. Usted tampoco tendrá éxito, señor. Más de cien caballeros han intentado la aventura antes que usted, pero ninguno ha retornado."

- "Eso lo sé, mi buena mujer," respondió el caballero "pero ellos no contaban con los consejos del ermitaño de Blavet, como es mi caso."

- "¿Y qué contó este ermitaño?" le preguntó Peronnik.

- "Me ha dicho todo lo que debo hacer," contestó el desconocido; "primero debo cabalgar por **el bosque** donde toda clase de hechicerías tratan de asustarme y alejarme del camino verdadero".

- "Cuando lo haya atravesado, me encontraré con **un enano** con una garrocha encendida. Todo lo que toca con esta arma se transforma en ceniza! Este enano es el guardián de un manzano y de este árbol debo arrancar una fruta".

- "¿Y luego?" Peronnik quiso saber.

- "Entonces encontrar la 'flor-que-ríe' que está guardada por un **león** con melena de serpientes. Debo arrancar esta flor".

- "Luego debo cruzar el '**lago de los dragones**' y combatir al 'hombre oscuro' con la bola de hierro, otra arma que siempre llega a su meta y vuelve siempre a su dueño por sus propios medios".

- "Finalmente penetraré al '**valle de los placeres**' donde veré todo lo que puede tentar a un **hombre oscuro** y retenerlo, y llegaré a un río que tiene un sólo cruce. Ahí, encontraré a **una dama** vestida de oscuro, la subiré a mi caballo y ella me dirá lo que debo hacer."

La mujer del campesino trató de convencer al desconocido que jamás conseguirá pasar **las siete pruebas**.

Pero él dio rienda suelta a su caballo y desapareció entre los árboles. La campesina respiró profundamente. Peronnik estaba por partir cuando el campesino volvió de trabajar. Había echado

al muchacho que cuidaba sus vacas al borde del bosque, y ahora se preguntaba por quién podría sustituirlo. Viendo al Simplón, fue como un rayo de luz; pensó que ya había encontrado lo que buscaba, y después de conversar sobre varios temas, le preguntó a Peronnik

-“¿Te quedarías en la granja para cuidar a mis vaca?”.

Peronnik hubiera preferido cuidarse a sí mismo, pues nadie podía hacer nada mejor que él. Pero todavía sentía el gusto de la panceta y la manteca fresca y del pan oscuro, y del budín de mijo; así que obedeció estos alicientes y aceptó la oferta del campesino. Inmediatamente el hombre lo llevó al borde del bosque, contó en voz alta a cada vaca, no olvidando a las vaquillonas, le cortó una rama de castaño para ayudar a mantenerlas juntas. Luego le pidió que las arriara para la casa al ponerse el sol. De esta manera Peronnik se convirtió en un vaquero. Tuvo que impedir que las vacas se hicieran daño corriendo de la vaca negra a la roja y de la roja a la blanca. para mantenerlas bien juntas.

Mientras corría de una vaca a la otra oyó el ruido del galope de caballos y se percató de la presencia del hechicero Rogear en un sendero del bosque, sentado sobre su yegua y seguido por su potro de trece meses. Alrededor de su cuello lucía la vasija de oro y en su mano refulgía la lanza diamantina.

Peronnik asustado se escondió detrás de un arbusto; el gigante pasó muy cerca de él continuando su camino. Cuando había desaparecido, dejó su escondite y miró hacia la dirección que había tomado el hechicero; pero no pudo descubrir por dónde había ido.

Era bien conocido que caballeros armados llegaban continuamente en busca del Castillo de Kerglas, pero nunca se les veía retornar. Y el gigante salía a cabalgar todos los días.

Peronnik, volviéndose cada vez más osado, dejó de esconderse cuando pasaba Rogear y lo observaba de lejos con ojos envidiosos, pues el deseo de poseer la vasija de oro y la lanza diamantina crecía en su corazón día a día.

El muchacho sabía ahora que si quería llegar a Kerglas, lo primero que debía hacer era cazar al potro que conocía bien el camino. Meditó por mucho tiempo sobre este hecho, y llegó a la conclusión de que podría tener éxito. El Simplón solo no tenía esperanza de enfrentarse al gigante, así que decidió usar la astucia. No evadió las dificultades, porque sabía que los nísperos, por ejemplo, son tan duros como las piedras cuando uno los arranca, pero con un poco de paja y muchísima paciencia, se tornan finalmente blandos. Y así preparó todo para la hora en que el gigante apareciera al borde del bosque.

Primero hizo un cabestro y una soga de cáñamo; luego una red para cazar aves sumergiendo las fibras en agua bendita. Además, una bolsa de lino que llenó con excrementos y plumas de ave. Luego, un rosario y un silbato hecho de una rama de saúco, y una costra de pan untada con panceta rancia. Seguidamente, marcó unas huellas con las migas de pan que le habían dado para el almuerzo, al lado del camino por donde debía pasar Rogear con su yegua y el potro de trece meses.

Los tres aparecieron a la hora acostumbrada y cruzando el prado como lo hacían todos los días; pero el potro caminando con su cabeza gacha, olió el pan y se detuvo para comerlo, quedando así rezagado y fuera de la vista del gigante.

Sigilosamente Peronnik se acercó a él; le colocó el cabestro, ató dos de sus patas con la soga de cáñamo y saltó sobre su lomo, dejando que lo llevara donde quisiera. Estaba seguro que el potro lo llevaría al castillo de Kerglas, pues conocía el camino bien.

Dicho y hecho. El caballito no titubeó y tomó uno de los senderos más alocados, corriendo lo más rápido que le permitían sus patas atadas. Peronnik temblaba como una hoja, pues parecía que toda la magia del bosque se había combinado para asustarlo. De pronto creía que un enorme abismo se abría a sus pies, y luego parecía que todos los árboles estaban envueltos en llamas, y se sentía como en medio de una enorme fogata. Muchas veces al cruzar un arroyo, éste se convertía en un torrente enfurecido que quería arrastrarlo; otra vez cuando el camino seguía la base de una colina, enormes rocas se desprendían para caer sobre él amenazando destruirlo. A pesar de que Peronnik sabía que estos hechos eran sólo ilusiones creadas por el hechicero, la sangre se le helaba en las venas.

Finalmente, cubrió sus ojos con su gorro para evitar ver y dejó que el potro lo llevara.

Luego llegaron a una llanura donde los hechizos cesaron. Peronnik se quitó el gorro y miró a su alrededor. Estaban en un matorral árido más lúgubre que un cementerio. De vez en cuando se topaban con los esqueletos de los caballeros que habían salido en busca del castillo de Kerglas. Ahí yacían al lado de sus caballos, mientras que los lobos grises roían sus huesos.

Finalmente el Simplón llegó a una pradera que recibía la sombra de un solitario y enorme manzano. Este árbol estaba tan cargado de frutos que sus ramas tocaban el suelo. Delante del árbol se encontraba **un enano**, y en su mano sostenía un arma ardiente que convertía en ceniza todo lo que tocaba. Cuando vio a Peronnik graznó como un cuervo y alzó su arma; pero el joven no demostró sorpresa alguna y con cortesía saludó, quitándose el gorro.

"No quisiera molestar, pequeño señor", dijo. "Sólo quiero pasar para llegar al castillo de Kerglas. Rogear, el hechicero, me pidió que viniera."

"¿Tú?", replicó el enano. "Pero, ¿quién eres tú?"

"Soy el sirviente nuevo del amo", contestó el Simplón "y tú debes saber, aquél que él espera."

"No sé nada." dijo el enano. "y tú me pareces un tramposo."

"Perdóname," le interrumpió Peronnik, "esa no es mi profesión; soy simplemente un cazador y entrenador de pájaros."

Pero el enano aún parecía dudar y le preguntó por qué necesitaba el hechicero un cazador de pájaros.

"Parece que necesita uno urgentemente," replicó Peronnik, "porque asegura que todo lo que crece en los jardines de Kerglas está siendo devorado actualmente por los pájaros."

"¿Y cómo los detendrás?", preguntó el enano."

Peronnik le mostró la red que había fabricado y dijo que ningún pájaro era capaz de eludirla.

"Me gustaría asegurarme de eso," afirmó el enano. "Los tordos y los zorzales también están devastando mi manzano; coloca tu red y si puedes cazarlos, te dejaré pasar."

Peronnik asintió y ató su potrillo; luego se acercó al tronco del manzano. Sujetó un extremo de la red al árbol y llamó al enano para que sostuviera la otra punta mientras colocaba los señuelos entre las ramas. El enano cumplió las instrucciones que le diera el muchacho, y éste rápidamente ajustó el lazo quedando el gnomo atrapado igual que un pájaro.

Gritó con furia y trató de soltarse, pero la red resistió todos sus intentos para liberarse, pues había sido humedecida con agua bendita. El Simplón tuvo tiempo para acercarse al árbol, arrancar una manzana, y luego montar en su potro y seguir su camino.

De esta forma dejaron la pradera y vieron unos jardines exóticos ante sus ojos en donde crecían las más hermosas plantas. Había rosas de todos los colores, argomón español, madreselva roja, y sobre todo esto se erguía una flor mágica que reía; pero **un león** con melenas de serpiente corría alrededor del jardín dando vuelta a sus ojos y rechinando sus dientes como dos piedras de molino.

Peronnik se detuvo y también lo saludó, pues comprendía bien que el lugar de un gorro ante los poderosos de la tierra era, no sobre la cabeza, sino en la mano. Expresó al león y a todos los miembros de su familia los más cordiales deseos que se le ocurrían, y al fin, en forma casual, preguntó si estaba en el camino correcto a Kerglas.

"¿Y qué es lo que buscas en Kerglas?". rugió el feroz animal.

"Con su permiso," replicó el simplón ansiosamente, "estoy al servicio de una dama, amiga del caballero Rogear; y ella le envía un regalo para hacer un pastel de alondra."

"¿Alondras?", repitió el león relamiéndose los bigotes. Hace siglos que no he probado una. ¿Tienes muchas?"

"Tantas como caben en esta bolsa, mi señor," contestó Peronnik mostrando la bolsa de lino que había llenado con plumas y excrementos de pájaros. Y para dar más peso a su argumento, comenzó a gorjear imitando a las alondras. Este canto incrementó el apetito del león.

"Déjame ver," dijo acercándose. "Muéstrame las aves, pues quiero estar seguro que sean bastante gorditas para servir las al amo."

"Me gustaría hacerlo," replicó el Simplón, "pero temo que salgan volando si abro el saco."

"Solo ábrelo un poquito," dijo la bestia salvaje, "para que yo pueda mirar adentro."

Esto era lo que Peronnik deseaba; le alcanzó la bolsa al león que puso su cabeza dentro de ella esperando encontrar alondras, y en vez de esto se halló atrapado entre las plumas y excremento. Rápidamente tiró de la cuerda sujetándola con fuerza al cuello del león, hizo la señal de la cruz sobre el nudo para que nunca se desatase, y corrió hacia la flor sonriente recogiendo, para luego huir velozmente, tanto como podía llevarlo su potrillo.

Bien pronto llegó **al lago de los dragones**. Debía cruzarlo a nado y apenas entró en el agua, surgieron por doquier dragones para devorarlo.

Esta vez Peronnik no se detuvo para saludar con su gorro, pero les tiró las perlas del rosario del mismo modo que uno arrojaría maíz a los patos; cada vez que una perla fuese tragada, un dragón se volvía de espaldas y se moría. De esta forma el simplón pudo llegar ileso a la otra orilla.

Solo restaba ahora el valle resguardado por **el hombre oscuro**.

Peronnik lo vio justo a la entrada, sus pies fijados en una roca, y en su mano **la bola de hierro**, aquella que llegando a su destino siempre volvería a su punto de partida por sus propios medios. El hombre oscuro poseía seis ojos alrededor de su cabeza que vigilaban cada uno a su vez, pero en este momento estaban todos alertas.

Peronnik sabía que en cuanto fuese visto, la bola de hierro lo golpearía antes que él pudiera decir una sola palabra; prefirió arrastrarse oculto detrás de la maleza. Así tras los arbustos, llegó a unos pocos pasos del hombre; éste recién acababa de sentarse y dos de sus ojos estaban cerrados.

Peronnik pensó que podría estar cansado y comenzó a entonar en voz baja la primera parte de la misa.

El hombre oscuro se dio vuelta sorprendido, pero el cántico surtió efecto y el tercer ojo se cerró. Luego Peronnik entonó el Kyrie Eleison y el hombre cerró su cuarto ojo, mientras que el quinto quedó medio abierto. El muchacho empezó con las vespertinas, pero antes de llegar al Magnificat, el hombre oscuro cayó en un profundo sueño.

Peronnik entonces guió al potrillo con la rienda sobre lugares cubiertos de musgo; y pasando deprisa al lado del guardián, llegó al **valle de los placeres**.

Esta era la prueba más difícil de todas, puesto que no se trataba de eludir peligros, sino de resistir tentaciones. Peronnik invocó la ayuda de todos los santos de Bretaña.

El valle por el que atravesaba era como un jardín repleto de frutas, flores y manantiales; las flores cantaban con voces tan puras como los querubines en el paraíso, y la fruta se ofrecía voluntariamente. A cada vuelta del camino, Peronnik veía suntuosas mesas cubiertas de manjares dignos de un rey; y a poca distancia, hermosas damiselas salían del agua y danzaban en la pradera; lo llamaban por su nombre, pidiendo que las guiase en los bailes. El simplón hizo la señal de la cruz varias veces, sin darse cuenta de que cabalgaba

Cada vez más lentamente sobre su potrillo. Elevó su rostro al viento para olfatear mejor los manjares y observar mejor a las chicas. Su potro casi se detuvo, y esto hubiera sido el final de Peronnik; pero enseguida recordó la vasija dorada y la lanza diamantina.

Entonces rápidamente, Peronnik comenzó a tocar su silbato de saúco para no oír las voces tentadoras de las ninfas; comió la costra de pan untada con panceta rancia para así ahogar el aroma de la rica comida, y fijó su vista en las orejas de su potro para no ver a las hermosas bailarinas. De esta forma llegó al límite del jardín de los placeres y ante sus ojos apareció el castillo de Kerglas.

Pero aún lo separaba del castillo el río que le habían mencionado y que tenía un solo cruce. Afortunadamente, el potro lo conocía y entró en el agua en el lugar adecuado.

Enseguida Peronnik miró a su alrededor buscando **la dama** que debiera llevarlo al castillo y la vio sentada sobre una roca. Estaba vestida de seda negra y su cara era tan amarilla como la de una mujer sarracena. El Simplón se sacó el gorro y le preguntó si no quería cruzar el río.

"Para esto lo estoy esperando," contestó la dama; "acércate para que pueda sentarme detrás tuyo."

Peronnik se acercó, dejó que montara detrás de él y comenzó a cruzar el río. En medio del río la dama preguntó:

"¿Sabes tú quién soy yo, mi pobre mozuelo?"

"Perdóneme", contestó Peronnik, "pero a juzgar por su vestimenta, usted debe ser una noble y poderosa señora."

"Noble soy, no hay duda, pues mi linaje se remonta al pecado original del hombre; y poderosa también soy pues todos los pueblos de la tierra se inclinan ante mí."

"Y si puedo preguntar cuál es su nombre, agraciada dama?" preguntó Peronnik.

"Me llaman la Peste" replicó la mujer de piel amarilla.

El joven saltó sobre su caballo, y estaba por echarse al río cuando la Peste dijo: "Detente, muchacho mío; no debes temerme y hasta podría hacerte un favor."

"¿Es posible que fuese tan bondadosa, doña Peste?" observó Peronnik, esta vez quitándose la gorra y no volviendo a colocársela.

"Ah, sí, ahora recuerdo que usted iba a decirme cómo deshacerme del hechicero Rogear."

"El hechicero debe morir," dijo la dama amarilla.

"Nada me convendría más," replicó Peronnik, *"pero es inmortal!"*

"Escucha y trata de entender," dijo la dama. *El manzano protegido por el enano creció de un gajo del árbol del bien y del mal que fue plantado por Dios mismo en el Paraíso terrenal. Su fruta, como la comieron Adán y Eva, transforma a los inmortales en mortales. Trata que el hechicero coma la manzana. Dile que su hermano Bryak te ha enviado con ella. Luego sólo necesito tocarlo para que deje de vivir."*

"Trataré," dijo Peronnik, *"pero si lo logro, ¿cómo puedo apoderarme de la vasija dorada y la lanza diamantina? Están escondidas en un oscuro calabozo que ninguna llave fraguada por el hombre puede abrir."*

"La flor risueña abre todas las puertas e ilumina toda oscuridad," contestó la Peste.

Después de este diálogo, llegaron a la otra orilla y el joven se dirigió al castillo.

Frente al portón se encontraba un gran techo que cobijaba, parecido al dosel que cubre a su eminencia el Obispo de Vannes en la procesión del Santísimo Sacramento. Aquí yacía el gigante con sus piernas cruzadas como un campesino que ha recolectado su cosecha, fumando una pipa de oro puro.

Viendo al potro con Peronnik y la dama amarilla sobre su lomo, levantó la cabeza y dijo con voz estruendosa:

- "¡Por Satanás, nuestro amo! Ese es mi potro de trece meses que ese muchacho tonto monta."*
- "Así es, ¡oh grandioso hechicero!"* contestó Peronnik.
- "¿Y cómo hiciste para apoderarte de él?"* preguntó Rogear.
- "Repetí las palabras mágicas que me enseñó tu hermano Bryak,"* replicó el joven. *"Y la criatura se acercó enseguida."*
- "Así que ¿conoces a mi hermano?"* preguntó el gigante.
- "Como uno conoce a su amo,"* contestó Peronnik.
- "¿Y por qué te envió?"*
- "Para traerte dos objetos extraños que él ha recibido de tierras moriscas: aquí esta manzana de felicidad, y allí, esa mujer sumisa que ves ante ti. Si comes de la manzana, serás para siempre feliz como el hombre pobre que ha encontrado en su zurrón una bolsa con cien monedas de oro; y si aceptas a la mujer para servirte, no quedará nada más en esta tierra que puedas desear."*
- "Dame la manzana entonces, y que baje la mujer morisca."*

¡Oh, con qué rapidez obedeció el muchacho! pero en cuanto el gigante mordió la manzana, la dama amarilla lo tocó y cayó al suelo como un buey que ha sido derribado por un rayo.

Peronnik entró rápidamente al castillo con la flor sonriente en la mano. Corrió a través de más de cincuenta antecámaras y finalmente llegó a la bóveda con el portón de plata. Este se abrió solo ante la flor y ésta iluminó la oscuridad para el joven, posibilitando su llegada a la vasija dorada y a la lanza diamantina. Apenas las recogió, comenzó a temblar la tierra bajo sus pies y se escucharon ruidos estrepitosos; el palacio desapareció y Peronnik se encontró repentinamente en el medio de un claro del bosque.

Con sus dos objetos mágicos, se dirigió a la corte del Rey de Bretaña. Pero al pasar por Vannes se ocupó de comprarse la ropa más suntuosa que podía encontrar y el mejor caballo en venta en la ciudad catedral de la tierra del maíz blanco.

Cuando llegó a Nantes, esta ciudad estaba siendo sitiada por un enemigo. Habían sido desolados todos los campos circundantes, no dejando siquiera un arbusto que podría alimentar a una sola cabra. El pueblo se moría de hambre y cualquier soldado que no perecía a causa de sus heridas, caía por falta de pan.

El mismo día que llegaba Peronnik, un heraldo anunciaba en cada esquina que el rey de Bretaña declararía su heredero a cualquier persona que pudiese liberar a la ciudad y desbandar al enemigo.

Cuando Peronnik escuchó esta promesa, dijo al heraldo:

- "No hables más y llévame al rey. Yo puedo realizar lo que él pide."*
- "¿Tú? dijo el heraldo viéndolo tan joven y tan pequeño."*

- "Aléjate jilguerillo dorado, el rey no tiene tiempo para cazar pájaros."

En vez de contestarle, Peronnik tocó al soldado con su lanza haciéndole caer muerto al instante y aterrorizando a la gente que presenciaba los hechos e intentaba huir. Pero Peronnik les gritó:

- "Pueden ver lo que soy capaz de hacer con mis enemigos; ¡ahora vengan a ver lo que hago para los amigos!"

Colocó la vasija mágica en los labios del heraldo muerto y éste inmediatamente resucitó.

Cuando el rey se enteró de este milagro, entregó a Peronnik el mando de los soldados que aún le quedaban. El joven usó su lanza para matar a miles del enemigo y la vasija dorada para devolver la vida a todos los bretones fallecidos. De este modo dispersó las fuerzas enemigas en pocos días, acumulando todo el botín que habían dejado en su campamento.

Finalmente, cuando había logrado todo esto para el rey, declaró que deseaba liberar a la Tierra Santa y se embarcó en Nantes en grandes naves junto con los más altos dignatarios del país.

Se dice que gracias a la vasija de oro, Peronnik y sus hijos viven aún reinando en el país.

Otros afirman que el hermano de Rogear, el Hechicero Bryak, se apoderó de los dos objetos mágicos nuevamente, y que aquellas personas que lo deseen sólo tendrán que salir a buscarlos.

Aportación de La Comunidad de Cristianos